IDEALISTA sin **ILUSIONES**

*Conversaciones con **José Zalaquett***

CONSTANZA TORO y PATRICIO HIDALGO



POR LA MIRADA
Apuntes biográficos
11

DERECHOS HUMANOS
Un mínimo de decencia compartida
93

LUJURIA POR LA VIDA
El arte y otros placeres
173

EL MUNDO QUE HABITAMOS
Juicio al presente.
221

Nota a la primera edición

Los autores de este libro tenemos un recuerdo más bien difuso de la mayoría de las miles de horas de clases a las que asistimos en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile. Fotocopias manchadas con café, solemnes frases en latín, códigos desvencijados, memorizaciones prescindibles y pruebas en hojas de papel roneo, cuando no exámenes orales colindantes con el sadismo.

En medio de ese panorama, cursos como el del profesor José Zalaquett eran aire puro. En solo un semestre, era capaz de dejar una estampa indeleble en sus alumnos. Cada idea que planteaba iba acompañada de una ráfaga de preguntas que la problematizaban en el acto, de vivencias que mezclaban su historia con la contingencia, de menciones a películas, libros, cuadros, óperas y ciudades desconocidas. Para mayor asombro, a poco andar descubríamos que su faceta de profesor era apenas un recodo en su biografía. Su contribución fuera del mundo de las ideas, en la más cruda realidad imaginable, era objeto de reconocimiento en varias partes del mundo.

Egresamos el año 2005, pero nunca dejamos de volver a la Facultad. Ambos mantuvimos interés en la academia, por lo que en estos once años vimos sucederse generaciones, iniciarse y terminarse urgentes paros en busca de la ansiada triestamentalidad, fraguarse intestinas disputas en el claustro y, cómo no, al profesor Zalaquett, siempre cordial, avanzar en la vejez.

Durante el 2015 nos dimos cuenta de que ese avance era más rápido de lo que hubiéramos querido. Aunque su lucidez seguía

intacta —este libro es una muestra de aquello —, su cuerpo daba muestras de fatiga. Bastó un llamado telefónico para ponernos de acuerdo e iniciar estas conversaciones.

Empezamos a juntarnos en su departamento de avenida Providencia un sábado de septiembre de 2015. Mantuvimos una rigurosa frecuencia quincenal hasta enero de 2016 y continuamos viéndonos, esporádicamente, hasta el sábado 17 de diciembre de ese año. Este libro es un testimonio de esas conversaciones. En ellas asumimos el rol que mejor conocemos: el de alumnos preguntones, más atentos al devenir de la charla que a un pretendido plan preconcebido. Intentamos cubrir su abanico de intereses que incluyen Derechos Humanos, ajedrez, horóscopo, música, pintura, actualidad, nuevas tecnologías, literatura, política, cine y la buena mesa, por nombrar las más visibles. La lista podría seguir. A partir de las transcripciones, buscamos vincular todo esto de un modo que facilitara la lectura, sin perder de vista la espontaneidad de su contexto.

Hoy, en los primeros días de 2017, cuando sabemos que el 2016 fue el último año en el que José Zalaquett hizo clases, notamos que en las siguientes páginas están algunos de los mejores momentos de su curso sobre Derecho Internacional de los Derechos Humanos. Un regalo para quienes fueron sus alumnos, pero especialmente para quienes ya no podrán serlo.

Nos sentiríamos particularmente gratificados si este libro pudiera dar cuenta fiel de una vida que se engarza indisolublemente con lo más sensible de nuestros últimos cincuenta años como país. Si además las reflexiones que allí se vierten pudieran servir para enriquecer el debate público, la gratificación sería mayor aún. Si todo esto va acompañado con algunas sonrisas y se le despierta al lector la curiosidad por algún pintor, músico o escritor que no conoce, bueno, eso sería una ocasión para la alegría.

Nota a la segunda edición

Como cada 15 de febrero, en 2020 los autores de este libro nos comunicamos telefónicamente. La excusa del cumpleaños del mayor de la dupla cedió rápidamente ante la noticia de la muerte de Pepe, que Coty había recibido en México mediante un mensaje de Dianora, la mujer del profesor. Si bien no fue una sorpresa, pues su estado de salud era muy delicado, la legendaria fortaleza con la que había enfrentado y superado tres cánceres con anterioridad, le daba una estampa de imbatibilidad en la que descansábamos.

Recordamos la última vez que fuimos a verlo, a fines de 2019. El profesor estaba en cama y prácticamente inmóvil, como consecuencia del párkinson que padecía. Dianora había organizado un equipo de profesionales que cuidaban amorosamente de él, a sol y a sombra. Le llevamos un catálogo con las obras de Paul Klee, su pintor favorito. Solo podía mover, con mucha dificultad, el dedo índice derecho. Ibamos pasando las páginas frente a sus ojos. Si conocía el cuadro, dejaba el dedo tal cual. Si no lo conocía, debía levantarlo. No olvidaremos la alegría en su mirada cuando eso pasaba. "Encuentro que si uno no es curioso, está muerto", nos había dicho algunos años antes.

La primera edición de este libro tuvo dos presentaciones a las que Pepe asistió realizando un esfuerzo encomiable, tan grande como el que puso revisando cada uno de los borradores, ya sin poder utilizar el teclado. El término de los ejemplares disponibles y la imposibilidad de continuar las conversaciones, nos

hacían suponer que esta era una historia terminada; pero tanto el interés de su familia por mantener vivo su pensamiento como la generosa disposición de La Pollera Ediciones, permitió una nueva oportunidad. Ambas cosas ocurrieron espontánea y paralelamente, por lo que nosotros no tuvimos más que corregir un par de datos menores. Finalmente: esta edición es generosa en material fotográfico al que no tuvimos acceso antes. Quienes lean este libro no solo buscando al maestro, sino también rememorando al amigo, podrán encontrárselo en diferentes décadas y lugares, sirviendo de contrapunto gráfico de varias de las peripecias narradas.

C.T- P.H

POR LA MIRADA

Apuntes biográficos

MIRAR ADELANTE

La tradición no es la adoración de las cenizas,
sino la preservación del fuego.

Profesor, la primera pregunta es el presente: hoy sábado 26 de septiembre de 2015 a las seis de la tarde, ¿en qué está?

Estoy en un momento que considero como la última fase laboral útil, involucrado en los últimos proyectos. Esto significa que estoy dedicado a la docencia, medio tiempo en la Universidad de Chile y medio tiempo en la Universidad Diego Portales. En la U, los cursos que vengo dando hace veinte años sobre Derechos Humanos, y además un Taller de Memoria. En la UDP llevo adelante cursos bajo la modalidad MOOC (*Massive open online courses*). Ya tenemos más de diez mil estudiantes de 133 países distintos en el curso que hicimos el año pasado y, en un curso que acabamos de subir hace tres semanas en cuatro idiomas, 2.200 estudiantes. Me interesa esta modalidad de enseñanza porque creo que va a reemplazar a la sala de clases en el curso de una generación, por lo menos a nivel universitario. En eso estoy. En el resto, cuidando mis achaques, que no son pocos, visitando al médico más de lo que desearía y jugando ajedrez en línea y Mahjong solitario. Y viendo a mi familia por supuesto: a mis nietos, mis hijas y mis hermanos.

Esto de optar por la academia, o que la última fase laboral sea dar clases, ¿responde a una pasión más fuerte que las otras o a un desarrollo natural?

Tiene que ver con el ciclo de la vida, que sigue una curva como la de un obús. En algunos casos, al empezar a declinar la vida se produce un nuevo ascenso, pero son los menos, me temo. Y tiene que ver también con —uno lo racionaliza— el deseo de devolver lo que he aprendido a las nuevas generaciones. En el fondo, la

enseñanza es enseñar a aprender, más que enseñar. Como dice el término *educare*, *ex duco*, sacar de adentro, sacar lo mejor de los estudiantes. Creo que ellos están viviendo una nueva época. Si me acuerdo de mi tiempo, las nuevas generaciones no se enfrentaban a cambios tan drásticos como ahora. Instruir, en cambio, viene de *intrudo*, intruso, o de *intra*, meter adentro.

Más allá de transmitir un legado, ¿qué lo motiva a hacer clases?

Quizás cierto amor por la escena. Me gusta enseñar, el día que hago clases me levanto con más ganas. Pero estoy empezando a ver la luz al final del túnel, una luz que cuando se acerca uno cree que es una moto, pero en realidad es un camión con un faro apagado. Estoy empezando a sentir que me quedan como máximo dos años, pues me cansa físicamente hacer clases, aunque no anímicamente. Me gusta comunicar, recibir interpelaciones, organizar la información... Los pedantes norteamericanos lo llaman "método socrático", pero yo prefiero llamarlo método de preguntas no más. Hago una clase centrada en la interpelación a los alumnos. Tengo 73 años, y a los 75 uno se retira de todo en este país.

Respecto a los cursos MOOC, lo dice con naturalidad, pero no es común que un profesor de su generación esté empeñado en ese tipo de enseñanza.

Lo estamos viendo a cada momento, en el sentido de que el *pull*, como dicen los gringos, se impone al *push*. En lugar de que le digan "a las siete de la tarde vea este programa de televisión que vamos a dar", usted decide qué ve, a qué hora y a través de qué medio, en su dispositivo electrónico manual, un televisor, un computador o lo que fuere. Mi equipo es gente joven y también me hace el halago de admirarse de que una persona de mis años se atreva a cruzar la frontera de la tecnología. La verdad es que me interesa. Las dos grandes corrientes del pasado, la hegeliana y la marxista, en torno

a si el mundo lo mueve la lucha de ideas o la lucha material, descuidan la fuerza de la tecnología. Creo que tiene una importancia gigantesca en marcar la cultura y la evolución de la humanidad. Cuando volví a hacer clases me sorprendía que los alumnos no tuvieran la capacidad de pensar secuencialmente, hasta que me di cuenta de que estaban pensando en Windows, en paquetes que armaban de una manera distinta y llegaban probablemente a conclusiones mejores de las que podríamos haber llegado a través del pensamiento secuencial. Me gusta mantenerme al día, no tan al día que parezca "lolosaurio", pero no tan a la deriva que me pierda el desarrollo. Una vez escuché que alguien preguntaba: "¿Usted preferiría ser capaz de proyectar el futuro o ser capaz de recordar el pasado?". Yo dije ser capaz de proyectar el futuro, aunque es un poquitito tramposa la pregunta, porque si uno no es capaz de recordar el pasado no es persona, o al menos no la que fue.

Pero los Derechos Humanos son fundamentalmente recordar el pasado.

La dicotomía es bastante cruel. No renuncio a recordar el pasado, pero es una manera de resaltar la importancia que le asigno a ser capaz de anticipar o proyectar el futuro. Yo le insisto a mis alumnos en que, desde el término de la Guerra Fría, estamos en un cambio de época, no en una época de cambios. Inicialmente las nuevas generaciones sienten que los parámetros a los que están acostumbrados desaparecen, les falta el piso bajo los pies y la cúpula sobre la cabeza, entonces dicen "no estoy ni ahí", que era el lema de la generación pasada. La siguiente generación, la de los Boric, Jackson y Vallejo, "están ahí", pero es un "no a esto, no a lo otro". Las proposiciones más concretas... eso ya vendrá.

¿Tiene esa misma confianza en la tecnología llevada al campo de las artes? Hay quienes se horrorizan de que se acabe el libro como objeto; algo parecido sucede en la música.

El libro se está acabando. Mucha gente habla, con un romanticismo trasnochado, del olor de los libros y sus páginas. Ahora existe el Kindle, y si usted quiere, le pondrán olor a página. Si lo miran bien, las artes plásticas, por ejemplo, primero se consignaron en los muros de las cavernas, después en los cuerpos, en las vasijas, en los frescos y finalmente en el cuadro de caballete al que estamos acostumbrados. Creemos, equivocadamente, que va a durar para toda la eternidad, pero lleva quinientos años apenas. Hoy el arte sale del cuadro de caballete y tenemos las instalaciones, que es la generación de un ambiente especial, los videos, las *performances* —que a mi juicio son más chamullo que arte, mayoritariamente hablando—, tenemos el arte electrónico, en fin. En suma, todo lo que es progreso alguna vez ha sido nuevo, pero no todo lo nuevo termina siendo progreso, por tanto, hay que estar atento y no rechazar de partida lo nuevo ni abrazarlo tampoco como si fuera un gran progreso. Esto último es lo que se llama el síndrome Van Gogh: hay gente que no descubrió al genio cuando era pobre y apenas vendió un cuadro en toda su vida y después se cotizan en 150 millones de dólares, lo que me parece obsceno de todas maneras. Entonces dicen: "ahora voy a reconocer todo lo nuevo porque no quiero ser considerado como un palurdo que no supo reconocer al Van Gogh de sus días". Hay mucho chisporroteo que anuncia progreso y la mayor parte queda en eso: chisporroteos.

Pero como antecedentes a una nueva transformación, esos intentos fallidos también tienen cierta belleza o utilidad. Abonan el terreno para los cambios, son precursores.

A veces, pero generalmente si son precursores se va a notar de alguna manera. Algo similar ocurre con la evolución de las especies: se produce un cambio por azar de distintas características genéticas, algunas de ellas van a ser exitosas y van a pasar a la siguiente generación y perpetuarse en la especie. Por ejemplo, el

pico largo en las aves para penetrar más hondo en el tronco y encontrar alimento. Pero otros cambios simplemente son inocuos. Y así, a través de millones de años se va desarrollando la evolución, como está demostrado por Darwin y sus seguidores. Hay distintos cambios genéticos, solo algunos de los cuales terminan siendo un avance que genera una nueva especie, solo unos pocos. Todo progreso brota de un cambio genético favorable, pero no todo cambio genético es favorable.

Un personaje de Antonio Tabucchi dice que prefiere las malas cosas del futuro que las buenas cosas del pasado.

Yo creo que ese optimismo es un poquito excesivo, en el sentido de que el futuro no se mueve en círculos, sino en espiral. En este momento creo que estamos viviendo una etapa de nietos. Mi generación —la de los abuelos— soñó y despertó con pesadillas, la generación de los hijos vio la pesadilla de los padres y vivió azorada, y la generación de los nietos se atreve a soñar de nuevo y ojalá no despierte con pesadillas también. Esto se da en distintas generaciones y latitudes. El mundo judío que emigró a EE.UU. y a Canadá en los años de entreguerras eran personas muy religiosas; los hijos de ellos fueron llamados los *red diaper babies*, los niños de pañales rojos, queriendo decir que era la generación comunista; y los nietos se han ido de inmigrantes religiosos a formar los nuevos asentamientos de frontera en Israel. Sucede también en España y en Brasil, donde las generaciones de la transición vivieron azoradas y la generación de ahora último, treinta años más tarde, ha vuelto a cavar tumbas, a hacer trabajo arqueológico para descubrir restos y a pedir comisiones de verdad. Hay una que acaba de terminar su trabajo[1]. Esto no hay que tomarlo en forma rigurosa, pero efectivamente creo que

1 El informe de la Comisión Nacional de Verdad de Brasil fue entregado a la presidenta Dilma Rousseff el 10 de diciembre de 2014.

cada generación procura diferenciarse de la anterior, porque es un proceso natural de afirmación de la identidad. La generación número tres procura diferenciarse de la dos y eso la acerca un poquito más a la uno, pero no en un sentido mecánico, sino, como dije, de espiral.

Es interesante la figura del espiral. De todas formas hay un optimismo en el sentido de que el espiral avanza, no como el péndulo, que es una figura que también se utiliza.

Claro, u otras que se quedan dando vueltas en círculo. Hay progreso, pero menos de lo que se cree. Me gusta citar que en el siglo XV, creo, un ejército turco que en esa época dominaba en los Balcanes, venció a uno búlgaro y cegaron a cuatro de cada cinco de los vencidos y al quinto lo entuerta-ron, le sacaron un ojo solamente, para que guiara a los otros cuatro. Ese tipo de barbarie hoy día nos parece horrorosa, pero en su momento no lo parecía. Se pasaba por las armas a los vencidos —en *La historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides leemos eso— y a los niños y mujeres se los esclavizaba. Algún avance hay, aunque algunos pongan eso en duda pensando en los hechos del siglo pasado, particularmente de la Segunda Guerra Mundial. Hay avance en el sentido de la capacidad de horrorizarse, de indignarse, no tanto en la capacidad de no hacer el mal. Así lo vemos, por ejemplo, en materia de anticorrupción. En nuestro país, desde febrero de 2015, se están publicitando hechos de corrupción. Lo único que cabría celebrar, en medio de tanto escándalo, sería que al país frente a estos virus le dé fiebre, reaccione; el sistema inmune no se encoge de hombros.

Dag Hammarskjold, a propósito del aniversario de la ONU y las críticas sobre sus ingentes costos y los escasos resultados prácticos, dijo que un organismo así está hecho para salvar a la humanidad del infierno y no para garantizarle el cielo.

Es cierto. Al mismo tiempo, hay dos frases que siempre recuerdo: una que es atribuida a Gustav Mahler, que dice "la tradición no es la adoración de las cenizas, sino la preservación del fuego"; y otra que es de Franz Marc, pintor alemán que falleció en la Primera Guerra Mundial, que dice "hay que respetar la tradición, pero la tradición no consiste en usar el sombrero del abuelo, sino en comprarse uno nuevo tal como hizo el abuelo". O no usar ninguno porque hoy ya no se usa sombrero, agregaría yo.

Lo que está claro es que hacer clases es un acto de optimismo. ¿Usted cree que por hacer clases de Derechos Humanos estos se van a respetar más en el futuro?

En materia de Derechos Humanos, los que quieren ver una relación *input/output* clara están en el negocio equivocado. Usted puede escribir cien cartas, hacer mil campañas y vigilias, pero no puede decir "esto salvó tal vida o tantas vidas". Lo que sí, es como tirar una flecha al aire. Hay un poema en inglés que dice *I shot an arrow into the air, it fell to earth, I knew not where*[2]. Usted no sabe dónde va a caer, pero la cantidad de flechas que lanza determina la calidad de su trabajo. En Amnistía Internacional aprendimos que no va a ocurrir que un gobierno diga que porque usted reclamó con tantas cartas ha decidido liberar a alguien, pero si uno pone una gran cantidad de esfuerzo, va a tener algún resultado. Esa fe es propia del trabajo en Derechos Humanos y propia del trabajo humanitario en general.

Pero en el caso de la Vicaría de la Solidaridad sí que había un output *bastante claro.*

Así es. En esa época ninguno de nosotros soñó que estaba haciendo un trabajo histórico, aunque terminó siéndolo. Las

2 Se refiere a Henry Wadsworth, poeta norteamericano del siglo XIX, y su poema "The Arrow and the Song".

nuevas generaciones lo mitifican, porque parten de la base de que fue un trabajo de súper hombres, de grandes héroes, y no es verdad, fuimos personas comunes y corrientes. Lo que se llama valentía no es un coraje innato, sino la capacidad de saber vivir con miedo, y eso lo desarrolla el soldado en el campo de batalla, el bombero ante el fuego, en fin. Más que un arrojo temerario, que no fue el caso salvo en contadas situaciones y personas, usted tiene que desarrollar la capacidad de vivir con el miedo.

En el Comité Pro Paz, ¿en qué consistía vivir con ese miedo, en concreto?

Consistía, por ejemplo, en lo siguiente: nos sabíamos vigilados hasta el punto de que una vez pusieron a un tipo que era evidentemente de la policía, posando de cuidador de autos. Para darle legitimidad, una vez pasó otro policía encubierto por enfrente rengueando ostensiblemente, y lo saludó en un lenguaje muy popular. El otro le respondió a los gritos y todos los que estábamos en el jardín aplaudimos. Nos sentíamos vigilados. El régimen tenía una estructura de represión de racionalidad perversa, pero racionalidad al fin. Yo nunca he creído en esto de que primero fueron por los comunistas, después por los amigos de los comunistas, después por los perros de los amigos de los comunistas, después por los amigos de los perros de los amigos de los comunistas... como se dice en el caso argentino. Había una presunción de que esta persona tenía algo que ver, lo que naturalmente no justifica nada de lo que hicieron. Pero, en definitiva, ellos tenían cierta racionalidad. A la gente del MIR, del PS y del PC, diezmados respectivamente el 74, 75 y 76, los consideraban los más peligrosos, y más aún cuanto más jóvenes y educados eran. Por eso utilizaron brigadas especializadas. Esa gente podía estar marcada para tortura y, posiblemente, muerte. Los demás, como los abogados que los defendíamos, éramos tontos útiles, compañeros de ruta, como quiera llamarlos usted, pero no nos

marcaban para tortura y muerte sino para prisión y exilio. Así fue con la mayor parte de nosotros. Pero si esto hubiera sido como en Guatemala, en donde abogado que levantaba la cabeza le pegaban un escopetazo y lo mataban, no sé si lo hubiera hecho. He tenido siempre cuidado por la vida, los riesgos que tomo son calculados y soportables, no insoportables. Por eso, no puedo asegurarle cómo habría respondido si me hubieran torturado. Probablemente hubiera cantado hasta con guitarra, en tono menor y tono mayor. Estoy convencido de que si un torturador se propone sacarle información a alguien, doblegarlo, lo va a doblegar, porque la carne aúlla independientemente de la personalidad. Como quiera que sea, todo esto significaba que había que vivir con un cierto temor, el temor de la prisión y el exilio. Tampoco se lo daban firmado que no lo iban a matar o a torturar, por más que uno calculara que el riesgo fuera bajo o casi inexistente. Aprender a vivir con los miedos significa acostumbrarse al día a día. No es muy distinto de la situación del cirujano en la sala de emergencia: llega una persona media descuartizada, que la chocaron andando en moto, ¿por dónde empieza? Bueno, para eso ellos tienen un protocolo, un ABC donde A es *air,* B es *bloody*, C es *conscience*. Primero ven si respira, segundo si está sangrando, y así.

¿Vio la serie Los Archivos del Cardenal[3]*?*

Sí, la vi.

¿Qué le pareció?

Me pareció que Daniela Ramírez es preciosa.

3 Exitosa serie de ficción transmitida por TVN durante 2011, que se desarrollaba a partir de los casos de Derechos Humanos que, efectivamente, trató la Vicaría. Algunos de los personajes eran claramente identificables en la realidad. Una de las protagonistas era la actriz Daniela Ramírez, interpretando a la asistente social Laura Pedregal.

¿No había una mujer como esa en su época en el Comité Pro Paz?

No, no, no sé qué habría sido de mi destino de ser así... En todo caso, Daniela Ramírez es preciosa pero un poquito puntuda, para mi gusto. La serie se basó en algunos hechos reales y naturalmente le dio el marco de ficción propio de lo que es una invención cinematográfica o de televisión, pero fue bastante fiel.

MIRAR ARRIBA

Creer y dejar de creer

Sus datos biográficos parten siempre con sus estudios de la Universidad de Chile, no hay antecedentes previos. ¿Es una convicción suya que el colegio no es relevante?

No, simplemente es una necesidad de escribir más breve. Yo me eduqué en el Instituto de Humanidades Luis Campino, que en esa época estaba en lo que hoy es el Centro de Extensión de la Universidad Católica y ahora está en Pedro de Valdivia. Estuve allí de tercera preparatoria en adelante. Antes estuve en un colegio de barrio con el pretencioso nombre de London School, porque ya en esa época se atribuía a los nombres ingleses un signo de supuesta distinción. El Luis Campino era un colegio de sacerdotes, aparentemente progresistas, aunque no en el sentido que lo entendemos hoy. Por ejemplo, introdujeron en un momento lo que se llamaban actividades para-académicas, o sea clubes literarios, actividades deportivas, de *boy scouts*, científicas, teatro, en fin, lo que en ese momento era una novedad; se les dedicaba tiempo y todos teníamos que participar en alguna. En todo lo demás era retrógrado, era la época en que el castigo físico no era rechazado. Había un profesor que tenía un puntero y nos daba en el trasero y tenía una bola de papel plateado compacta, que era

como tener una bola de *bowling*, que arrojaba a los alumnos. Por suerte no hubo que lamentar ninguna calamidad mayor, porque teníamos la capacidad de agacharnos rápido.

¿Era un colegio de hombres?

Naturalmente, colegio de hombres. Los colegios mixtos eran considerados una excepción o un escándalo.

¿Hizo la primera comunión? ¿Se confirmó?

Fui bastante religioso y aprendí incluso a ayudar en la misa en la ceremonia de Viernes Santo, que duraba como tres horas. Me transformé en agnóstico como a los veinte años, y luego me he declarado con una distinción: agnóstico respecto a que haya un dios tipo Spinoza o Einstein, de que haya una fuerza superior o creadora, no tengo la menor idea si existe o no; pero ateo con respecto a un dios que responde las plegarias e intercesiones, y que no se mueve una hoja sin que lo sepa: ese dios afirmo que no existe. Espero no causar ninguna ofensa, como digo rutinariamente, aunque en el fondo espero causarla.

Más allá de su condición de ateo o agnóstico, ¿qué opinión le merece Jesús como figura histórica?

En primer lugar, aunque no lo niego categóricamente, no estoy seguro de que sea histórica. No hay ninguna referencia de los contemporáneos de un supuesto Jesucristo, salvo una muy indirecta de un historiador del primer siglo, Flavio Josefo, judío. Lo que sí sé es que el fundador del cristianismo es Paulo, no Cristo. Él lo difundió, internacionalizándolo. Hasta ese momento era una de las muchas sectas o creencias locales más. Sin perjuicio de eso, me interpretan muchas de las enseñanzas del evangelio. En el Concilio de Nicea, uno de los primeros, se decidió por mayoría de votos cuáles iban a ser, de los muchos evangelios, los cuatro que iban a quedar consagrados como genuinos, y el resto

como apócrifos. Muchos de esos evangelios apócrifos tienen cosas iluminadoras, humanas y laudables, pero quedaron fuera, aunque entre los cuatro escogidos hay contradicciones. Una vez leí un libro clave, *Quién escribió la Biblia*, de Richard Elliott Friedman. Ahí muestra que el Antiguo Testamento se escribió a lo largo de ocho siglos y que en un momento determinado un conjunto de personas decidió "estos son los libros que van a quedar consagrados como canónicos y estos no".

¿Qué significa para un hombre no cristiano haber sido casado por Karadima?

Yo vivía en la calle Holanda con mis padres, hermanos y hermanas. La iglesia que nos quedaba cerca era la de El Bosque, a cuatro cuadras; me iba caminando. Un día, este devoto muchacho de entonces, de catorce años, estaba orando en la iglesia y se me acercó este padre, que era diácono en esa época, y me dijo "me gustaría verte a la salida". Terminé de orar, lo vi y me dijo "¿quisieras venir a unas reuniones de acción católica que tenemos los días sábado?". Efectivamente fui y permanecí un par de años. En estas reuniones la mayor parte de los alumnos era del Grange School, de manera que había una opción preferencial por los ricos. Yo era una excepción. Nunca vi ningún gesto abierto, salvo una vez que llegué un sábado en la tarde y estaba Karadima cortándole el pelo a un muchacho. No es que cortar el pelo sea un acto erótico, pero es raro un cura cortándole el pelo a un muchacho de catorce años, es como estar haciéndole masajes en los pies... Me acordé de la película de Tarantino *Tiempos violentos*, con Samuel L. Jackson y John Travolta discutiendo sobre si el masaje en los pies significaba algo o no, cuando van a rescatar las bolsas de droga y liquidar a los otros muchachos. Aparte de eso nunca vi nada. Luego me decepcioné, lo encontré oscuro y me alejé de ese círculo, pero no tanto como para no acordarme de él cuando me casé, a la edad de veinticuatro años. No tenía otro

cura conocido y lo llamé. Karadima tenía un gran carisma como orador y, no sé si será verdad o no, pero él pretendía ser discípulo del padre Hurtado. Nos contaba que cuando el santo estaba en su lecho de muerte —parece que murió de cáncer— había pedido verlo a él, cosas así. Nunca sospeché que la cosa fuera tan siniestra. Mucho tiempo después, cuando estaba yo en el directorio de Televisión Nacional, salió el caso Karadima al tapete y un miembro dijo "este señor Hamilton lo que quiere es encontrar una razón para tener un divorcio ante la Iglesia, una nulidad de matrimonio". Después, cuando el Vaticano condenó a Karadima, ese director no volvió a abrir la boca. Pero en esa época era así, incluso altos empresarios fueron a decirle al Fiscal Nacional que este caballero era muy respetable, muy correcto. Como decía el Cardenal Errázuriz en una poco feliz frase: "Tenía fama de santo". Leí el libro que escribió María Olivia Monckeberg. Se llama *Karadima, el Señor de los Infiernos*, tiene más de quinientas páginas. El caso es siniestro.

Después, con el Comité Pro Paz, volvió a relacionarse muy intensamente con sacerdotes. ¿No tenía una contradicción con eso?

No, no la tenía porque eran sacerdotes muy especiales, tenían una destreza para emergencias que no tenía ningún partido político. En segundo lugar, como seres humanos que eran —y esto lo digo como elogio, no como crítica— se enamoraban y tenían sus *affaires*, aunque la autoridad religiosa los agarraba y los trasladaba a otro puesto para que se enfriaran un poco. Tanto el Comité Pro Paz como la misma Vicaría aceptaban a personas de distintos credos. La Iglesia era la única institución que permaneció en pie después del Golpe, con capacidad más o menos autónoma, y no es que tuviera apoyo mayoritario. En un comienzo se establecieron solo ocho Comités Pro Paz provinciales, los otros obispos se fueron sumando de a poco. Claro, entre esos ocho estaba el *primus inter pares* que era el "mono mayor", el Cardenal Silva

—que en paz descanse— como Arzobispo de Santiago. En un esquema de equivalencia que tenían los militares, estaba Pinochet arriba de una columna y el Cardenal en el tope de otra columna; a renglón seguido, el general no sé cuánto y acá, en la otra columna, el Vicario. Tenían un pensamiento muy estructurado, protocolar diríamos si quisiéramos ser diplomáticos.

Sobre los abusos sacerdotales, usted decía en una columna de 2011: "El celibato sacerdotal no es causa necesaria ni suficiente de los abusos sexuales. Pero hay serios indicios de que es un factor de riesgo, esto es, que hace más probable que ello ocurra. En cambio, la Iglesia insiste en presentar el problema solo como una suma de abusos individuales". ¿Cree que en estos años la Iglesia ya tomó estos casos como una generalidad?

Todavía no, aunque hay pasos de avance en esa dirección. Creo que la negación ha sido un factor, aunque parezca políticamente incorrecto decirlo. Le pongo un ejemplo: la Iglesia negó por mucho tiempo la homosexualidad, la negó simplemente. Hay un porcentaje de personas homosexuales en la población, se discute cuánto, las organizaciones pro derechos homosexuales dicen que es mayor, los científicos dicen que es menor, en fin, pero digamos que es entre un cinco y un ocho por ciento. Eso significa que al negarla la Iglesia, mucha gente se sintió cohibida de expresarse, a través de los siglos, y entraban al seminario o a la Academia Diplomática para estar lejos. Se asume que estando de cónsul en La Rioja o de párroco en Australia nadie va a saber que anduvo con las trenzas sueltas. La Iglesia negaba esto, a pesar de que tenía un porcentaje mayor entre sus filas de personas de orientación homosexual que el promedio. A eso se agregaba que ponían a los niños al cuidado de varones en colegios de curas, y las niñas al cuidado de mujeres, en colegios de monjas. Dado que el hombre valora la juventud en sus preferencias amorosas —las mujeres dicen que le ponen un mayor valor a la seguridad y se cita el caso famoso de Sofía Loren

y Carlo Ponti: él representaba la seguridad y ella la exuberancia—, eso significa que usted colocaba al cuidado de una cantidad de jóvenes, en una especie de tentación constante, a sacerdotes entre los cuales iba a haber una población homosexual más elevada que el promedio. Por lo tanto, se sigue que no todos son capaces de resistir o sublimar la tentación. Es una explicación un poquitito ramplona, simplona, pero no desprovista de base.

A propósito de eso, la edad canónica —así se llama a la edad para que una persona pueda ser empleada o sirvienta de un sacerdote— es de 41 años, porque, cuando se dictó la norma, a los 41 años una persona estaba avejentada, desdentada y todo lo demás. Hoy día hay personas muy atractivas de 41, habría que actualizarlo. Se llama edad canónica y no es solo para las monjas, sino también la empleada doméstica de un canónico se requería que tuviera al menos esa edad.

Sobre la situación de Cristián Precht[4]*, ¿usted tenía indicios de eso? ¿Cree que son acusaciones fundadas?*

Probablemente —no lo sé a ciencia cierta— la orientación sexual de Cristián sea homosexual. Al mismo tiempo yo creo —no lo sé, pero lo creo— que él no se impuso ni con violencia ni con seducción a nadie. Creo que puede haber habido casos de efebofilia, en el sentido de que no son niños sino adolescentes, personas menores de dieciocho años, pero no niños. Las denuncias son de jóvenes mayores de veinte. Pero usted me está preguntando respecto de una persona a la cual yo le tengo mucho reconocimiento, amistad y afecto. Son especulaciones, pero estoy convencido de que Cristián no es una persona que se hubiera impuesto por argucias o violencia, y especulo que puede tener una orientación homosexual, lo que sería perfectamente legítimo. Cristián

4 Sacerdote, icónico defensor de los DD.HH., vicario de la solidaridad entre 1976 y 1979. En 2012 fue condenado, en un proceso canónico, por abuso sexual.